

Domingo 12º. Tiempo Ordinario. Año A

Lectio divina sobre Mt 10,26-33

Tras haber visto que su actuación personal no bastaba para evangelizar a todo Israel, Jesús delega en un círculo más estrecho de discípulos su misión y sus poderes. Antes de enviarlos, les instruyó para la ocasión. Puesto que ellos no iban a ser más que sus representantes, deberían ejercer la misión según sus directrices. La iglesia ha visto siempre en estas normas un estímulo y un ideal para su labor evangelizadora: recordarlas hoy puede ser un modo de recuperarnos como apóstoles de Cristo, y, como tales, presentarnos al mundo sin complejos de inferioridad; sabernos enviados por Jesús al mundo, como los primeros apóstoles, nos devolvería la confianza en nosotros mismos: si Cristo sigue contando con nosotros, si nos necesita para llevar el evangelio a nuestro mundo, no tenemos derecho a sentirnos insignificantes ni, mucho menos, podemos seguir viviendo nuestra fe con miedo a nuestro mundo.

²⁶ No les tengáis miedo, porque nada hay encubierto, que no llegue a descubrirse; ni nada hay escondido, que no llegue a saberse. ²⁷ Lo que os digo en la oscuridad, decidlo a la luz, y lo que os digo al oído, pregonadlo desde la azotea. ²⁸ No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. No; temed al que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la *gehenna*. ²⁹ ¿No se venden un par de gorriones por un céntimo? Y, sin embargo, ni uno solo cae al suelo sin que lo disponga vuestro Padre. ³⁰ Pues vosotros hasta los cabellos de la cabeza tenéis contados. ³¹ Por eso, no tengáis miedo: valéis más vosotros que muchos gorriones. ³² A quien se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos. ³³ Y si uno me niega ante los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre que está en los cielos.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Nuestro texto pertenece al discurso misionero. Después de haber elegido a los doce (10,1-4) y enviado con las primeras instrucciones (10,5-15), les ha anunciado persecuciones y maltratos (10,16-25). Es lógico que los consuele ahora exhortándoles a no dejarse dominar por el miedo (10,26-33). La construcción del párrafo se apoya en la triple negativa "*no tengáis miedo*" (10,26a.28a.31a), que presenta con claridad la nueva temática. Las dos primeras negativas introducen los argumentos; la tercera sirve de conclusión.

El miedo no es un temor cualquiera, sino aquel que surge del obligado testimoniar a Jesús, un miedo que originaría el ser su enviado y hablar en su nombre. Cada ruego va sostenido por una argumentación (10,26b-27; 10,28b-30; 10,31b) que ofrece motivos no siempre, a primera vista, pertinentes. El contraste es neto cuando menciona lo cubierto y lo revelado, lo escondido y lo dado a conocer, tinieblas y luz; se alude, claramente a la predicación apostólica: el evangelio del Dios por venir no puede quedar silenciado (10,26b-27). La segunda exhortación está la es más convincente: hay que temer a quien es realmente temible, no a quien tiene poder sobre el cuerpo sino a quien puede hacerte perder cuerpo y alma (10,28b-31): la comparación con los gorriones, de quien Dios se cuida, hace aún más cierto que Dios se cuida de los enviados, hasta de sus cabellos, que es lo que con más facilidad se pierde. Objetivo evidente es reforzar la confianza de los discípulos perseguidos mientras predicán. La tercera exhortación, formulada en claro paralelismo antitético, cierra con contundencia el párrafo (10,32-33): la motivación de la confianza, basada antes de razonamientos de tipo sapiencial, se funda en la esperanza escatológica. El enviado ha de confesar, si miedos, su fe. Del testimonio sobre Jesús ante hombres dependerá el testimonio de Jesús ante Dios.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Mateo recuerda la instrucción de Jesús a sus discípulos en una catequesis dirigida a misioneros de su comunidad. El miedo está vedado al apóstol de Jesús. Sus palabras no temen el silencio ni la oscuridad, como tampoco los cuerpos de sus enviados han de temer la muerte. Tener la propia vida en manos del Padre los hace valiosos para Él; y eso es lo que debe importarles. Dios se ocupa no ya sólo de sus vidas sino, incluso, de sus cabellos. La preocupación del Padre llega al extremo, a las partes menos sensibles, más desechables, del cuerpo de sus enviados: quien lo sabe puede afrontar el testimonio. Cristo tomará partido por quien se haya declarado partidario suyo y renegará de quien le haya negado. La confianza del apóstol surge del evangelio que le lleva a dar testimonio público y de la seguridad de que Dios está detrás de su vida y vela por ella. Y la promesa de que Jesús no será neutral con cuantos no lo sean delante de los hombres, le da valor para arrostrar el riesgo de la evangelización: quien está seguro de que vale ante Dios tanto, ¿podrá perder valor ante tan pocos?

De hecho, la primera regla de conducta que Jesús inculca en sus apóstoles es la ausencia de miedo. El cristiano, que se sabe representante de Cristo en su ambiente, no vive con pena su misión ni en silencio. El evangelio de Dios es mensaje que proclamar a la gente y vida que vivir en público. Hoy, de mil maneras, se nos quiere imponer a los cristianos si no el silenciamiento, sí, al menos, la privatización de nuestra fe. En nuestra sociedad se da por supuesto que seamos libres de creer como nos plazca, pero se protesta que llevemos con alegría, con sano orgullo, la práctica pública de la fe. Y lo peor es que muchos de nosotros nos conformamos con poder confesar a Dios en privado. Estamos rehuyendo el testimonio público, como si no estuviéramos demasiado convencidos de cuanto creemos y de que merece la pena el Dios en quien creemos. Tenemos a Dios arrinconado en un lugar de nuestra conciencia o solo en nuestro corazón.

El respeto humano ahoga nuestras expresiones públicas de fe y agranda nuestros miedos. No es así como quiso Jesús a sus apóstoles. Mientras no perdamos ese miedo a aparentar lo que somos, no seremos aquello que Dios quiere de nosotros. Hasta que no nos presentemos ante los demás contentos de ser cristianos, nuestra opción no será atrayente ni nuestro testimonio fidedigno. O es que merece la pena una fe que no se expresa, una esperanza que no se atreve a manifestarse, un amor que no se da? Los creyentes, más que los que ya no creen, somos hoy los peores enemigos de Cristo. Callándonos lo que más nos interesa, no logramos convencer a nadie de cuánto nos interesa Cristo. Si no estamos dispuestos a sufrir ni siquiera una incompreensión por nuestra fe, no merece mucha confianza cuanto creemos.

Pero no es el miedo al ridículo lo que más impide el testimonio cristiano. El temor a perderse a sí mismos está menguando el número de apóstoles. Y lo peor es que hoy, a diferencia de tiempos pasados, los cristianos no tenemos que temer por nuestras vidas. Gracias a Dios, no tenemos que exponernos mucho, cuando hoy nos ponemos a predicar a Cristo. Con todo, ello no hace más atrevido nuestro testimonio de vida. Lo más que pueden pensar quienes nos vean es que no somos muy modernos o que no tenemos mucho porvenir. Pero nadie atenta contra nuestra vida, sólo para quitarnos nuestra fe. Quizá por ello, es más sutil la tentación de desertar y más frecuentes son las deserciones en la fe. Hoy perdemos antes la fe que la vida. Las convicciones no nos duran tanto como las ganas de medrar en la sociedad. Disimulamos mejor nuestra vida de fe que nuestra pobreza de vida. Preferimos el bienestar hoy al paraíso mañana. Y por tener fe sólo a medias, por no saber vivir sin dejarnos robar nuestras creencias, no logramos ser testigos fidedignos de Dios.

Consuela - ¡qué duda cabe! - saber que al apóstol de Cristo le está vedado el miedo. Pero más consuela aún recordar el motivo: Dios se cuida de quien cuida sus intereses y el evangelio. Quien entrega vida y energías para que Dios sea conocido y amado, no tardará en conocer el amor de Dios y sus cuidados. Exponerse por Dios consigue tener a Dios cubriéndonos las espaldas. No sólo la vida del apóstol, o el alma, incluso los cabellos de la cabeza, están bajo protección divina. El Dios de Jesús no se deja ganar en generosidad: quien se presta para hacer patente su amor a los hombres, tendrá patentes en su misma existencia las pruebas del amor de Dios. Dedicar a su reino un poco más de tiempo, algo más de ganas, obliga a Dios a dedicarnos su tiempo y su querer. Mientras el apóstol tenga sus manos ocupadas en la predicación del evangelio, su vida estará en manos de su Dios. De un Dios que se ocupa de los suyos con mayor liberalidad de cuanto ejercita con los gorriones, nada habrá que temer y mucho que esperar.

Saberlo nos tiene que hacer más osados en el testimonio, afrontar riesgos sin cavilar demasiado y superar miedos infundados. Saber que Dios, comprometido con quien lo predica, ha de convertirnos en testigos más atrevidos y, sobre todo, más fidedignos. Porque, ¿cómo es que podemos compaginar nuestra convicción de que Dios es nuestro guardián y los miedos que nos impiden vivir como si realmente lo fuera?. No se entiende bien que los enviados de Cristo sepan que cuentan con la protección de un Dios para, a renglón seguido, se dejen amilanar por cualquier comentario o empequeñecer ante la más mínima dificultad. Nada arriesgamos, si hasta nuestros cabellos cuentan para Dios, dando voz hoy al evangelio. Mañana Cristo mismo se convertirá en nuestro abogado ante Dios.

Porque, en efecto, y por si no nos bastara, Jesús se ha comprometido en defender ante Dios a quien haya salido en su defensa ante los hombres. Optará, en presencia de su Padre, por quien haya optado por él ante el mundo. Solo quien no lo haya negado ante los hombres, no conocerá la desautorización de su Señor. Si no fuera suficiente con saber a todo un Dios asegurando la vida de quien la expone por su reino, Jesús nos advierte que renegará de quien lo niegue o lo silencie en este mundo. Es demasiado lo que arriesgamos, cuando rehuimos ser testigos de Dios en el mundo. Tomar partido por Jesús hoy hará que Jesús se declare partidario de nosotros el día en que nos presentemos a juicio. Si Cristo no será neutral con los apóstoles que no hayan permanecido neutrales, ¿cómo es que hay tanto indiferente entre nosotros?.

Puesto que la necesidad era mucha, Jesús mandó a predicar a cuantos tenía a su alrededor. No es menor hoy la ausencia de Dios en nuestros ambientes: si le fallamos a Cristo, si rehuimos el testimonio, sólo porque se nos está

volviendo más difícil, no le será muy difícil desconocernos como auténticos discípulos. La fe en Cristo se mantiene, si se testimonia públicamente. No se salva la propia fe, ocultándola ni ocultándose; no se hace atrayente la fe que no se ofrece, ni es fidedigna una vida que se esconde por miedo al ridículo. El creyente que arriesga su vida o el honor puede que no convenza, pero su testimonio da que pensar y cuestiona a quien lo recibe. No es otra cosa la que espera Cristo de cualquier cristiano.